

España: El por qué de los conflictos colectivos

Parece que cada año, después de las vacaciones anuales veraniegas, los trabajadores españoles se reincorporan al trabajo con ideas más claras de su situación laboral, y todos los otoños se inician, o se continúan, gestiones para mejorar esa situación. Por esto mismo, los últimos meses del año se han venido a convertir en protagonistas de una gran parte de las noticias de índole laboral, llegando a ocupar también los primeros meses del año siguiente. Y como en anteriores ocasiones, aparecen la cuestión minera, la necesidad de contar con el derecho de huelga, la conveniencia de una representación genuina y la necesidad de proceder a la reforma de la empresa.

Las alteraciones laborales, que son síntoma de una intranquilidad existente, suelen ir acompañadas por un pequeño revuelo en el mundo estudiantil, e incluso a veces se dan conexiones entre ambos. Para terminar de dibujar el cuadro sociológico hay que tener en cuenta que al final de año se producen siempre unas notables subidas en el índice general de precios, debido a las fiestas navideñas, que contribuyen a aumentar la tensión laboral.

Analizando la problemática que se ha dado en los últimos meses en España, se llega a la conclusión de que los trabajadores van adquiriendo una auténtica madurez en su comportamiento frente a la empresa. Precisamente por esto, son cada vez menos los que se atreven a calificar de «políticos» los conflictos laborales, acusación ésta que era muy frecuente hace cinco años. En el análisis de la situación se observa que son siempre los trabajadores mejor pagados y mejor situados quienes más protestan, lo que equivale a decir que son también los mejor formados y los que gozan de una mayor independencia para exponer sus reivindicaciones. Efectivamente, es frecuente que los conflictos importantes estén protagonizados por trabajadores mineros, de la banca o metalúrgicos. Ellos pueden considerarse los mejor pagados de todos, y raramente son secundados por los «hermanos pobres» de la construcción e industrias de la madera y corcho.

El hecho de que protesten los trabajadores mejor pagados y mejor situados laboralmente indica que las reivindicaciones van más allá de un simple aumen-

to de salario. Por esto, es fácil comprobar que la intranquilidad tiene también su raíz en la falta de unas relaciones sociales en la empresa, en la poco eficaz representación y en el escaso eco que encuentran las inquietudes obreras en organismos económicos y sociales. Esto equivale a decir que el trabajador ha descubierto que además de un número en su empresa es parte también de una comunidad social, política y económica, en la que quiere participar.

Precisamente por esto es frecuente que los trabajadores se quejen no sólo de un salario insuficiente, sino también de la lenta gestión que siguen sus peticiones, de la imposibilidad de cambiar a sus representantes cuando los consideran ineficaces, de la distancia abismal que impera entre las fuerzas que componen la empresa y de la negativa del empresario a llegar a un diálogo constante.

Este cambio de signo en el problema laboral parecen haberlo comprendido también algunos empresarios y las mismas autoridades sindicales y políticas, como lo demuestra el hecho de que consideren desde un punto de vista más adecuado la situación laboral. Hace diez años, un plante laboral se resolvía en cualquier empresa con una amenaza firmada por el director y colocada en el tablón de anuncios, pero hoy sólo contribuiría a enrarecer más el ambiente. De igual forma se solucionaron en el pasado algunos conflictos laborales locales después de una nota del gobernador civil.

Pretender una referencia completa de la conflictiva laboral es algo imposible en un comentario, pero se puede resumir en unas cuantas citas representativas la situación de los últimos meses en España. Además de la cuestión minera, han sido importantes los conflictos en todas las grandes zonas industriales del país, e incluso en algunos sectores, como el del vino o los subalternos del toreo, que habitualmente no trascienden en sus problemas.

Como ejemplo de lo poco efectivas que son las medidas drásticas adoptadas por la empresa podemos citar, entre varias, las dictadas por la Maquinista Terrestre y Marítima, de Barcelona, acusada posteriormente de «lock-out», cuya primera suspensión de empleo y sueldo al personal sólo sirvió para crear un conflicto mayor. Como muestra de buena voluntad por parte de la empresa, con varios ejemplos en los últimos meses, podemos citar a la dirección de Orbejo, de Zumárraga, que terminó admitiendo los puntos de vista de sus 3.000 trabajadores, prometió renunciar a las sanciones anunciadas y se comprometió a revisar tanto el salario como el reglamento de régimen interior.

Importantes y significativos han sido también el conflicto de los Astilleros de Cádiz, que llegó a afectar a más de 2.000 trabajadores, y los del Marco del Jerez, con 4.000 productores. En este último caso, los empresarios defendían su postura a base de jugarse muchos millones por no admitir una diferencia de 20 pesetas entre su proposición y la de los trabajadores. Es también significativo el conflicto producido en la factoría de Villaverde (Madrid) de la empresa Standard, cuyos 2.000 trabajadores acabaron reconociendo la buena disposición de la empresa y reanudaron su trabajo, aunque queda en el aire la situación de 20 despedidos. Han seguido en estos últimos meses las peticiones de los empleados de Banca, con muchos miles de miembros distribuidos por todo el país, motivadas principalmente por la lentitud en la marcha del convenio, en lo que consideran falta de representatividad, y en ciertas cuestiones del Plus Familiar.

Por cierto que la marcha de los convenios colectivos ha creado numerosos problemas, bien por la consideración de los trabajadores de una insuficiente

representación, bien por considerar que las negociaciones no siguen un ritmo adecuado. Entre las muchas empresas que han salido a la actualidad por este motivo figuran Barreiros, Pegaso y Uninsa. Como muestra de la constante discriminación que se sigue aún en muchas empresas entre el personal femenino y el masculino, figuran las protestas de la Perfumería Gal, de Alcalá de Henares, donde se procedió solamente a una subida de salarios al personal masculino. También por la política seguida en el despido de personal ha destacado la empresa Foessa Internacional, y la Tabacalera de Gijón, por la formación de expedientes a varias productoras. Otra causa constante de roces entre empresarios y trabajadores ha sido la falta de actualización de las primas, como en el caso de la Sociedad Española de Construcciones Electromecánicas. Por último, entre los conflictos con un signo un tanto pintoresco, aunque perfectamente respetable por su sentido, figura el de los subalternos de los toreros, que se han cansado ya de mantener una dependencia personal y desean llegar a un vínculo laboral más seguro y rentable.

Particular importancia ha revestido, como en anteriores ocasiones, el ya viejo problema de las minas asturianas. Durante 1969, la empresa Hunosa registró ciento sesenta días de conflicto, con una grave repercusión en la producción total. El último conflicto tuvo una duración de unos cuarenta días. Durante este tiempo, los trabajadores dejaron de percibir unos 200 millones de pesetas y otros 150 millones que no han producido las minas. El asunto se inició en los días inmediatos a la última Navidad, cuando los mineros reaccionaron al comprobar que percibían menos paga extraordinaria que los empleados. Desde esos días, hasta el 5 de febrero, la situación tuvo diversos momentos especialmente críticos, durante los cuales hasta el 90 por 100 de la plantilla dejó de trabajar.

El problema minero, sin embargo, no es un conflicto laboral sencillo. Tiene detrás toda la problemática que arrastra el sector, y que comienza en un descenso del consumo de carbón. En 1950, el 66 por 100 de la energía consumida procedía del carbón; pero actualmente sólo tiene su origen en este mineral el 23 por 100. La solución al problema no puede plantearse, pues, con carácter exclusivo en el aspecto laboral, sino que debe tenderse a englobar el sector minero en su conjunto. La solución, sin embargo, debe empezar por el problema humano, porque es el que exterioriza el descontento y el que sufre en su carne las consecuencias generales de la situación.

LA PRENSA Y LAS RELACIONES CON RUSIA

En una panorámica, aunque breve, del momento sociológico español, no puede pasarse por alto lo que parece un cambio de postura con respecto a las relaciones España-Rusia, ya precedidas por el intercambio y acercamiento más intenso con otros países del telón de acero. Para el hombre de la calle, independientemente de que vea bien o mal este nuevo rumbo en la política exterior del país, no deja de ser chocante la postura que ha adoptado la Prensa ante tal situación.

Resulta que después de treinta años de continuos ataques, descarados, furibundos, crudísimos, a todo lo que tuviera tinte ruso, ahora la Prensa se está disputando la primacía en el descubrimiento de la necesidad de reanudar las relaciones con Rusia. Después de informar diariamente durante treinta años

de una manera poco elegante y muy poco objetiva de cuanto estaba pasando en Rusia, y después de soltar gota a gota toneladas de veneno sobre muchos aspectos de la Unión Soviética, gran parte de los diarios han girado en redondo y, de repente, con gran asombro para el lector, hablan de la conveniencia de intercambio, de la necesidad de reanudar posibles relaciones y de llegar a un acuerdo diplomático.

Independientemente de las razones políticas muy respetables que mueven al Gobierno a adoptar una posible nueva postura en este asunto, creemos que bajo concepto alguno está justificada la postura que adopta la Prensa en este caso. No es serio pasar de lo blanco a lo negro, y mucho menos si, además, se quiere ahora dar la sensación de que siempre fue partidaria de tales acercamientos.

El lector avisado puede pensar ahora con muy buena lógica que algo funciona mal en el sistema periodístico español, y puede pensar también que no toda la culpa de la información subjetiva, de la mala información, la tenía la censura previa. Efectivamente, mientras existió la censura obligatoria todos los malos periodistas, los temerosos, los acostumbrados a escribir al dictado, echaban la culpa de su incapacidad profesional a la censura. Al abrir la mano el Ministerio de Información y Turismo, ya pudimos ir comprobando que la raíz del mal estaba en otro sitio.

Esto y no otra cosa ha sucedido ahora con las relaciones España-Rusia. Firmas que durante muchos años han venido elaborando libelos contra todo lo que rozara el tema soviético, ahora subrayan la conveniencia de revisar la postura, sin otra explicación que la del cambio de época. Pero si, en teoría, ni los rusos han cambiado, ni tampoco los españoles, no parece que el transcurso del tiempo sea una razón poderosa. Y, sobre todo, el lector puede sospechar que no todos los argumentos esgrimidos hasta ahora para rechazar y denigrar a lo soviético eran sinceros, porque no se puede reanudar las relaciones con un país al que se ha calificado siempre como la antítesis de toda convivencia y de todo Estado, como el pozo de todos los defectos, de todos los males y de todas las barbaridades imaginables.

¿No convendría, por tanto, que nuestros grandes diarios explicasen de alguna manera al lector este cambio brusco de postura, y que reconocieran humildemente que se les fue la mano al añadir adjetivos a una situación que no parece ser tan negra ni tan despreciada?

Por todo esto, quienes desde hace muchos años hemos visto con asombro creciente los ataques despiadados y de ninguna manera razonados contra la Unión Soviética, sin compartirlos en manera alguna, estamos estupefactos ante este cambio de postura. Este cambio, sin embargo, puede servir de experiencia para que, en el futuro, no despreciemos por norma los sistemas políticos y sociales que no se parezcan al nuestro, porque puede ocurrir, como ahora, que al cabo del tiempo haya que dar marcha atrás y dar la mano a quien antes sólo hemos ofrecido puntapiés.

FRANCIA: LA REVOLUCION EMPIEZA EN LA ENSEÑANZA

Después de la gran ebullición de la primavera de 1968, muchos ojos están pendientes en el país vecino de este nuevo curso escolar, y muy particular-

mente de la reforma de la enseñanza que lleva el nombre de Edgar Faure. Las autoridades no han dudado en calificar a esta nueva etapa como de una enseñanza democrática, donde se prefiere sacrificar la atención a las élites por la dedicación a la gran masa. El mismo Ministro de Educación ha reconocido que «se nos acusará de desear una promoción colectiva, de sacrificar a las élites, de construir la enseñanza en torno a los menos buenos después de haberlo hecho en torno a los mejores»...

En el presente curso, primero de la gran reforma, Francia cuenta con 1.780.000 niños en escuelas maternas e infantiles (50.000 ingresados por primera vez), 4.183.000 en clases elementales (59.000 más que el año anterior) y 2.759.000 en segundo grado. Los problemas que se plantean al país son la falta de aulas y de profesores especializados.

Según han constatado las autoridades escolares, profesores y padres de familia están de acuerdo en el cambio, pero no siempre se disponen a contribuir a él. Los maestros no quieren renunciar fácilmente a sus viejos métodos, y los padres no prestan la cooperación necesaria en este nuevo sistema.

Entre los cambios importantes en el sistema de enseñanza que se han dado en el presente curso, figuran la evitación de toda posible segregación de formación en los primeros cursos. Se ha puesto especial énfasis en no formar desde el primer momento una mentalidad en los alumnos dividida en «clásica» y «moderna». Se intenta hacer un tronco común para que los alumnos no se inclinen antes de tiempo por unos estudios, sin antes conocer sus cualidades y sus verdaderas preferencias. Así, la separación que se hacía antes en el Bachillerato francés entre «clásicos» y «modernos» ha desaparecido en el primero y segundo cursos. Por otra parte, la elección de la lengua latina ya no dependerá de la imposición de los padres del alumno, o de caprichos ajenos a la formación, sino de las cualidades que el alumno demuestre. Se intenta también quitar dramatismo a la enseñanza de las matemáticas, e incluso se ha previsto una enseñanza facultativa de esta materia para los alumnos «literarios» de quinto curso, pensando en una posible reconversión hacia las ciencias. A partir de este nuevo curso, habrá cinco nuevos Bachilleratos técnicos (ingeniería civil, física, química, bioquímica e informática), además de los seis ya existentes, y otro más, el de biología, en preparación.

Algo que se ha tenido especialmente en cuenta es la correcta orientación del alumno en lo que se refiere a sus cualidades, y a un posible cambio de estudios. Se han evitado los callejones sin salida, para que si después de varios años de estudio, cambia de materias o abandona la enseñanza, pueda encontrar el alumno fácil salida. Este mismo sistema lleva a retrasar en lo posible la especialización dentro de cada rama, dando carácter pluridisciplinario al mayor número posible de cursos.

Entre los cambios importantes figuran también la separación de barreras entre profesor y alumno, la enseñanza eminentemente práctica de las lenguas vivas, la más razonable distribución de los horarios de estudio y ocio, y la atención a la educación física, con más de seis horas semanales y la obligación final de saber nadar. Todo un mundo, como se ve, para conseguir que el alumno no se sienta un extraño en el tinglado cultural que se ha preparado para él, y enfocado a conseguir tanto la permanencia en los estudios como el posible aprovechamiento del alumno en caso de que se vea forzado a cambiar o a abandonarlos.

VIETNAM: CULTURA A PESAR DE LA GUERRA

A pesar de la guerra, de las bombas asoladoras y del miedo que causa en toda la población una situación tan insegura como la actual, Vietnam está protagonizando un nuevo renacimiento cultural que no debemos pasar por alto. Durante muchos siglos, el país tuvo una cultura de origen chino, acrecentada en el siglo XII con el primer gran renacimiento cultural, de signo neoconfucianista. Tal renacimiento estuvo en vigor hasta la llegada de la cultura francesa en el siglo pasado, que dio lugar a una importante segunda etapa cultural, o, si se quiere, a un segundo renacimiento.

En la actualidad, con la llegada de los norteamericanos, de los modernos medios de comunicación, con la mayor intercomunicación con otros países, y debido a la presencia de la guerra, se está procediendo a un nuevo cambio de la mentalidad cultural. Por una parte, siguen imperando las ancestrales costumbres, de viejo cuño indígena o chino, y las heredadas de los franceses, ahora unidas a una acusada occidentalización. Saigón, Dalat y Hué son los principales centros en que se está produciendo este cambio importante.

A pesar de todo, ahora no se puede hablar de una generalización del cambio cultural, porque el país aún tiene el 65 por 100 de su población dedicado a la agricultura, y en condiciones muchas veces deprimentes. Son las ciudades antes citadas las que están marcando el ritmo del cambio y las que marcan el acercamiento cada vez más intenso hacia Occidente. Fruto de la existencia de un gran divorcio entre el campo y la ciudad es la existencia de formas de vida completamente distintas, pues en las zonas rurales aún es posible comprobar la veneración de los campesinos de un dios antiquísimo impuesto por los chinos, para «protegerles» de peligros extraños. En las ciudades, sin embargo, las tendencias religiosas se dividen entre budistas y católicos.

Existen ciudades, como Saigón, cuya vida ha cambiado más en los últimos diez años que en los últimos cinco siglos. La presencia de la guerra, de los soldados, de numerosas armas de combate de alta complejidad técnica, y la necesidad de situarse a la altura tanto en técnica como en cultura de los visitantes y de las armas de guerra, han hecho posible un cambio radical en las formas de vida.

Donde se aprecia más intensamente el cambio cultural que se está experimentando en el país es en la llamada «Semana Cultural», que cada año repite numerosas exposiciones, foros, actos culturales, ciclos de teatro y cine, concursos artísticos y muchas otras manifestaciones artísticas y culturales. Cada año, la orientación de esta semana tiene un marcado acento occidentalista, con muy importantes rasgos orientales.

Si las energías que diariamente se emplean en la guerra pudieran dedicarse a la reconstrucción pacífica del país, seguramente que Vietnam caminaría ahora por un sendero de desarrollo muy parecido al seguido por el Japón. Se dan también en él la fusión de culturas orientales y occidentales, y un deseo de la población de acentuar su desarrollo. Sólo así se comprende que, a pesar de la guerra, algunos centros mantengan un elevado número de alumnos, como el Conservatorio de Música y Drama, con 900 estudiantes distribuidos entre Saigón y Hué.

Lo triste es que, muy posiblemente, este actual renacimiento cultural va a quedar traumatizado por la guerra. Las bombas no son capaces de frenar

el desarrollo cultural del país, pero sí condicionan bastante la evolución y la disposición del pueblo a integrarse en la rueda de la cultura.

ALEMANIA: LOS SINDICATOS PLANIFICAN SU FUTURO

Los sindicatos alemanes, que acaban de celebrar su primer centenario, están preparando sus segundos cien años con la misma seriedad del empresario que planifica la producción del próximo año. Estos primeros cien años han sido fructíferos en logros para los sindicalistas alemanes, pero lejos de dormirse en el triunfo preparan ya el camino para lo que va a ser el próximo siglo.

Al hacer balance del camino recorrido y, sobre todo, al trazar el plan futuro, los sindicalistas hacen hincapié en que la labor sindical no se limita a la lucha inmediata por un mejor nivel de salarios y una jornada laboral más corta. Recuerdan también, para fijar con precisión los fines sindicales y no limitarlos a metas puramente positivistas, que al nacer los sindicatos tuvieron como mira al hombre, su felicidad y su libre desarrollo.

Esta ampliación de las metas sindicales a fines más extensos que los puramente reivindicativos laborales es algo que no siempre ha tenido un eco en otros países, y menos aún la serena, aunque firme, postura de los sindicalistas al saber exigir lo justo y nada más que lo justo, pensando tanto en su particular conveniencia como en la del conjunto de la economía nacional.

Prueba de la buena disposición y del acertado criterio negociador de estos sindicatos es que los conflictos en la República Federal, con respecto a otros países, destacan por su bajo índice. Mientras en el año 1964, por ejemplo, y que puede considerarse representativo, sólo hubo un día de huelga por cada 10.000 empleados, en Inglaterra hubo 135; en Japón, 152; en U.S.A., 624; en Francia, 775, y en Italia, 956. Esto viene a reconocer que ellos no consideran la huelga y las mejoras laborales y tarifarias con ella obtenidas como finalidad del trabajo sindical, sino como un medio para alcanzar un objetivo superior.

Naturalmente, no puede pensarse que cualquier sindicato puede guardar hacia el Estado y la sociedad el mismo respeto que los sindicatos alemanes, puesto que antes hace falta que el propio Estado y la propia sociedad reconozcan a los sindicatos sus derechos con la misma seriedad que lo hacen los alemanes.

Ludwig Rosenberg, presidente de la Unión Sindical Alemana (D. G. B.), dijo refiriéndose a este segundo siglo de vida que inicia el sindicalismo alemán que «ya no basta luchar por unos objetivos materiales concretos e inmediatos, sino que es preciso también planificar un objetivo en función del hombre y esforzarse por hacerlo realidad». Es un paso, desde luego, que sólo pueden dar los sindicatos que, como los alemanes, han alcanzado una mayoría de edad no sólo en la formación de sus miembros, sino también en la consecución de fines materiales inmediatos que ya nadie discute.

Esta puesta en hora del reloj sindicalista alemán puede muy bien servir de ejemplo para otros muchos países que aún andan brujuleando para encon-

trar el verdadero fin sindical, gastando energías en fijar unas metas para cuyo establecimiento bastaría estudiar el ejemplo de países como Alemania. Es un buen final, en resumen, este lema de los sindicalistas alemanes de hacer la vida más humana, más digna y más libre para todos sus miembros. Naturalmente, esa humanidad, dignidad y libertad empieza con un salario más justo, pero no puede, bajo concepto alguno, estancarse ahí.

EN EL AÑO INTERNACIONAL DE LA EDUCACION

En este mundo de adelantos científicos y de conquistas espaciales, todavía una de cada tres personas sigue siendo analfabeta. Por eso, y porque el analfabetismo ya no consiste sólo en no saber leer y escribir, la UNESCO ha declarado a 1970 como el Año Internacional de la Educación.

Más que recogiendo las cifras crudas que concretan la extensa situación de una humanidad aún sin cultura, optamos en este trabajo por recoger el punto de vista del organismo internacional sobre las necesidades culturales del momento, y el camino que traza para llegar a las siempre difíciles soluciones.

Parte la UNESCO de la consideración de que la educación es la base de todo progreso humano, tanto material como espiritual, y hace una llamada a los países culturalmente más potentes para que ayuden en lo posible a los menos culturizados. Se espera que esta década que ahora comenzamos marque el mayor punto de distancia entre los países pobres y los ricos, tanto en potencia económica como en cultura. Precisamente por esto, considera que la enseñanza, junto con la situación agrícola y el subempleo, son los tres grandes problemas que tienen planteados los países subdesarrollados.

En cierta forma, el problema de la educación es común a los dos restantes, sobre todo en la vertiente importante de la formación de adultos. Los niños no reciben la escolarización suficiente aún, pero es que aunque la recibieran sería una solución a largo plazo que no pueden esperar muchos países. Hace falta tender a una formación de adultos, para convertirlos en miembros más capaces y preparados de la sociedad. La agricultura, por ejemplo, no puede esperar a que las nuevas generaciones traigan ideas mejores. Hace falta que los campesinos actuales conozcan los mejores métodos de cultivo, la técnica de la producción, el funcionamiento de la maquinaria y la mejora ganadera.

Todas estas consideraciones son tanto más graves cuando se sabe que, además de ese abismo cada vez mayor entre países ricos y pobres, en esta década que ahora comienza se alcanzará el índice más elevado de expansión demográfica. Independientemente de la ayuda, siempre escasa, que prestan los países ricos, quienes tienen sobre sus hombros la responsabilidad de levantar a los países subdesarrollados son los adultos que componen estos países, y sólo lo pueden conseguir con una preparación previa.

La formación de los muchos millones de adultos actualmente analfabetos o que necesitan una formación complementaria para integrarse con efectividad en el ritmo actual de vida, para poder ocupar puestos más productivos en la necesaria mayor industrialización, tiene también inconvenientes. No es ya sólo el problema de la falta de monitores especializados en número y cate-

goría suficiente para sacar buen partido de quienes aprenden, sino el conseguir un sistema de enseñanza eficaz, práctico, que vaya desde el principio abriendo los ojos al que lo sigue, y que desemboque en una integración adecuada en el propio país.

Este sistema de enseñanza práctica, sobre todo en los estudios medios, tiene la misma finalidad que el emprendido por los franceses a partir de este año. Se pretende que nadie quede a mitad de camino, y que si paraliza sus estudios, pueda continuarlos en otra especialidad sin volver a empezar, o que encuentre un trabajo adecuado al nivel de formación que alcanzó. A este respecto, la UNESCO aconseja que a cada año de estudios de enseñanza media corresponda una categoría concreta de trabajo, de tal manera que el ascenso cultural lleve siempre implícito un ascenso profesional y técnico. De esta manera, el alumno puede encontrar tanto un empleo paralelo a sus estudios, como tener ocupación segura en caso de que se vea precisado a dejarlos.

Caso aparte merece la constante emigración de cerebros que se produce de los países pobres hacia los ricos. Considerada la cuestión empíricamente, es conveniente que la emigración de cerebros se produzca, pero de ninguna manera lo es si tenemos en cuenta, además, que la marcha de una persona significa para el país que lo ha formado la pérdida de un valor imprescindible para continuar el desarrollo comunitario.

Según la Comisión Pearson, de la Unesco, en 1967 unas 40.000 personas cualificadas abandonaron países en vías de desarrollo para integrarse en los sistemas productivos o de investigación de otros mucho más avanzados. Si se calcula, además, que la formación de un hombre de ciencia cuesta al menos millón y medio de pesetas, llegaremos a la conclusión de que la emigración es una sangría constante para los países subdesarrollados. Esta emigración sería conveniente si se produjera por un tiempo limitado, porque serviría para perfeccionar a los futuros hombres de ciencia de los países en vía de desarrollo, pero la gran mayoría de los que abandonan sus países no vuelven jamás a ellos. Incluso muchos de los estudiantes que salen fuera para estudiar se niegan después a volver. En 1967, se calculaba que unos 375.500 estudiantes superiores cursaban estudios fuera de sus respectivos países, y se calculaba también que en lugar de volver a sus patrias cuando acabaran, intentarían buscar trabajo en el país donde estudiaban.

Eugenio A. Feijoo.